

HORACIO ROBERTO CORTI

por Darío Goldfarb y Federico Svarc

Darío Goldfarb:

Detenerse a reflejar la trayectoria profesional de Horacio como investigador y docente significa revisar parte de la historia de instituciones científicas argentinas de amplio reconocimiento como INTI, FCEN y CNEA. De la misma manera, es posible reconocer en Horacio la influencia cercana de figuras icónicas del campo de la Termodinámica como Prausnitz y Pitzer. Aquellos que tenemos la suerte de haber sido sus discípulos y haber trabajado bajo su dirección reconocemos en él la figura de científico, educador y tecnólogo ineludible. Su liderazgo en la División Físicoquímica del Moderador y Refrigerante (CNEA) contribuyó a elevar el prestigio del grupo en el área de ciclo vapor/agua y termodinámica de electrolitos en condiciones extremas de temperatura y presión a nivel internacional. Paralelamente, esta tarea fue complementada con la co-dirección (junto con Roberto Fernández Prini) del Grupo de Termodinámica Química en el Depto. de Química Inorgánica, Analítica y Química Física (FCEN-UBA), resultando en una interacción altamente sinérgica entre ambos grupos de investigación. Las líneas de trabajo y redes de colaboración generadas a través de ambas instituciones se extienden hoy a las áreas de físicoquímica de soluciones acuosas sobreenfriadas/vítreas y



celdas de combustible, tanto localmente como a nivel mundial, continuando su larga tradición de practicar ciencia básica y aplicada de alta calidad, productividad y reconocimiento. Algunos de los novedosos sistemas experimentales contruidos y observaciones realizadas a lo largo de décadas de investigación han resultado en transferencias tecnológicas a centrales nucleares, universidades y empresas del rubro energético, alimenticio y farmacéutico.

En su incansable tarea como educador, Horacio ha contribuido tanto a la formación universitaria de grado y posgrado de incontables científicos e ingenieros, como a estimular el interés temprano por la ciencia de estudiantes secundarios, ya sea como docente en universidades o a través de proyectos de divulgación científica, demostrando que la enseñanza de la ciencia y la práctica de la investigación científica son frecuentemente indivisibles.

Más allá de la transmisión formal del conocimiento científico en el aula o en el laboratorio, Horacio nos ha sabido inculcar la utilidad e importancia del ingenio personal y la perseverancia frente a la adversidad en el diseño de experimentos y realización de proyectos. Este modo de trabajo innovativo ha permitido acceder a una variedad de sistemas experimentales y estudiar propiedades físicoquímicas que resultan inalcanzables con técnicas convencionales. Tal vez esta habilidad peculiar sea uno de los aspectos que lo diferencian del común de los investigadores y educadores, y que algunos de sus discípulos hemos aprendido e incorporado como atributo profesional distintivo.

Federico Svarc:

Con Horacio somos casi coetáneos. Los dos años de diferencia que nos separan, casi al tiempo infinito con el que vivimos nuestro presente, parecen no hacer diferencias. Sin embargo, hicieron muchas. Horacio comenzó su carrera universitaria en 1968, mientras que yo hice lo propio (también egresado de escuela técnica) en 1970. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA) sufrimos (ó amamos, según el caso) los mismos maestros y las mismas carencias. Cuando en Septiembre de 1974 la misión Ivanishevich tuvo el “agrado” (literalmente) de cesan-

tearnos de nuestros cargos en la facultad, Horacio llevaba un tiempo trabajando en su tesis doctoral, en tanto que yo recién la había comenzado. A partir de ese momento, los caminos fueron divergentes. Él siguió con su carrera académica, migrando poco después al INTI. En tanto que yo me vi obligado a buscar trabajo en la industria.

No obstante, me había quedado el gusto amargo de una etapa inconclusa y el amor por la ciencia y por la fisicoquímica. El tiempo pasó y recalé en la industria cosmética. Finalmente, volvió la democracia y algunos de los renunciantes del 66 volvieron a Exactas. Entre ellos, Roberto Fernández Prini y algunos de sus colaboradores en CNEA. En 1984, durante la presidencia de Raúl Alfonsín, se volvió a convocar a concursos abiertos y obtuve un cargo de Jefe de Trabajos Prácticos dedicación simple en el DQIAFQ. Al comienzo, solamente hice docencia, pero el “bichito” te la investigación, que había estado latente durante diez años, me volvió a pi-

car. Mi primera idea fue la de trabajar empírica y teóricamente sobre las emulsiones, ya que con ellas me topaba en mi trabajo diario. Llevé el tema y mis resultados a Roberto, que era Jefe de Departamento (el INQUIMAE aún no había sido creado), quien me disuadió, y me propuso integrarme a su grupo.

Fue entonces que Horacio me incorporó a su “fábrica de equipamiento de alta presión” a la que tan bien hace referencia en su reseña. Construimos un densímetro de tubo vibrante, a pulmón. Soldando y limando. Por prueba y error. Trabajando codo a codo. Yo seguía siendo part-time. Luego de trabajar en la empresa llegaba a la tardecita a Ciudad Universitaria para trabajar varias horas más, todos los días, durante años. Horacio me acompañaba la mayoría de los días esforzadamente. Allí conocí su capacidad de trabajo, su tesón y perseverancia.

Así conseguí medir las propiedades volumétricas de los hidróxidos alcalinos y sus mezclas a alta

presión y hasta los 250°C. A veces nos juntábamos a comer los fines de semana con las familias (nuestro respectivo hijos eran aún pequeños, y de edades similares) y mientras ellos jugaban, y nuestras esposas hacían tertulia (y, ciertamente, nos aguantaban) nosotros discutíamos los resultados. Por cierto una relación que excedía la normal de un Director de Tesis con su doctorando.

El densímetro no resistió el ambiente corrosivo de las soluciones y la alta presión, y comenzó a romperse con frecuencia. Así es que Horacio decidió que para “redondear” mi tesis doctoral, había que hacer teoría y enmarcar los resultados que ya teníamos con cálculos y modelos teóricos de termodinámica estadística. Finalmente, en 1992, ambos lo logramos: defendí mi tesis doctoral y me convertí en el primero de sus discípulos.

Con estas palabras, dos de sus ex-becarios se lo agradecen profundamente.